

pues se encuentran algunas veces como fenómenos de ingratitud á los que Dios tiene que castigar. El desgraciado padre murió súbitamente, y su hijo fué arrebatado por una muerte prematura, y hasta la viuda, después de haber contraído otras nupcias hubo de perder inesperadamente, el afecto de su nueva familia.

III.

BENDICIÓN INESPERADA.

La devoción al divino Niño había traspasado las fronteras de la Bohemia; ya en las comarcas de los contornos se comenzaba á honrar á ese "tierno Niño Jesús de Praga", el cual daba cada día nuevas pruebas de su protección.

La baronesa de Sterhberg esposa del barón Diffenbach perdía ya las esperanzas de ser madre, cuando se dirigió llena de confianza al Niño milagroso, prometiéndole 200 florines para su altar de Praga sí le concedía el tener un hijo.

Prontamente fué escuchada y el niño recibió en el bautismo el nombre de Cristóbal; la madre cumplió su voto, y se dirigió á Praga acompañada de su esposo, á venerar la devota Imagen. Su amor y su reconocimiento le inspiraron el pensamiento de fundar un convento de Carmelitas descalzos en alguna de sus propiedades, mas no pudo realizar sus piadosos deseos. Podríamos citar aún, mucho rasgos del poder y de la protección de nuestro adorable infantito Jesús; pero los pasaremos en silencio para poder hablar brevemente de algunos de sus adoradores.

CAPITULO IX.

PIADOSOS ADORADORES DEL NIÑO JESÚS.

Desde que la Santísima Virgen en el templo de Jerusalén, depositó á su divino Hijo en las manos del venerable Simeón, Jesús ha amado á la ancianidad con un amor de predilección; diría-

se que esas cabezas blancas, que se inclinan hacia la tumba, tienen necesidad de más afecto, que les es indispensable aquella dulce ternura que la infancia les proporciona con un cierto abandono que las hechiza. Esos ancianos de paso vacilante, y de trémulas manos, se sienten dulcemente atraídos hacia el Niño Dios, quien les sonríe tendiéndoles sus graciosas manecitas.

El barón de Mitrowits, chambelán imperial, consejero particular y secretario en jefe del reino de Bohemia, tocaba al término de su carrera y habiendo oído hablar de los prodigios obrados por el Niño Jesús milagroso de los carmelitas, quiso tributarle sus homenajes en su pequeña capilla; y desde esta primera visita el Niño divino tomó posesión de su corazón, y después le curó prontamente de una grave enfermedad que causaba serios temores.

El anciano reconocido iba semariamente á visitar á su amado Niño chiquito, como gustaba llamarle, y á recibir á sus pies el perdón de sus faltas y el Pan de la vida.

Fundó en honor del Niño un capital cuyas rentas debían servir para sostener un sacerdote encargado de dar los ejercicios espirituales en la ermita del Niño Jesús. Así llamaron al oratorio retirado en donde el divino Niño tenía su trono.

Este venerable anciano murió en 1645, á la edad de 70 años. En su testamento legó al convento de los Carmelitas una limosna de 500 florines en un cáliz de oro y un bello Crucifijo para colocarlo á la entrada de la sacristía, «á fin, decía, de que los eclesiásticos que entren y salgan reciban su bendición.»

El barón de Kafka fué también un fiel adorador del Niño Jesús, y repetidas veces hacía retiros de muchos días en la ermita. Acompañado de un solo criado

ocupábase entonces únicamente de su alma, portándose en cuanto á la pobreza de los alimentos y los ejercicios de piedad, como un verdadero hijo de Santa Teresa.

Murió de 80 años de edad, en 1645, y hasta el último momento pedía con una tierna piedad al Niño Jesús que le asistiese en el último combate.

Febronia de Pernstein se distinguió por su confianza y generosa gratitud hacia el divino Niño. Testigó de la curación de su amiga Febronia de Pérentahl, se dedicó á la devoción de este admirable Niño Médico, y ocurría á El en todas sus necesidades.

Su hermano, el baron Wratislao de Pernstein le había prestado al Emperador Fernando, una suma de trescientos mil florines, sobre la propiedad real de Solnitz. Después de la muerte del barón, su hermana era quien debía recibir, ó la propiedad, ó la suma prestada; mas no sólo encontró competidores, sino que los

recursos de la Cámara eran tan escasos, que parecía imposible el pensar en obtener tal restitución. La noble dama tomó al Niño como abogado, y le encargó que defendiese su causa, y su defensor trabajó con tanto acierto, que quince días después recibía un decreto imperial de Fernando III, estableciéndola propietaria del dominio de Solnitz. Ese nuevo suceso inesperado hizo crecer y aumentar la confianza á este divino Niño, á quien no se invoca jamás en vano.

Esa piadosa dama se mostró grande y generosa para con su amable abogado, pues sin contar con el mármol precioso con el cual hizo cubrir el santuario como lo hemos visto en otra parte, regaló también una magnífica mesa para la comunión, hizo construir una galería y una bóveda debajo del suelo de la iglesia, para los seculares que quisiesen ser allí sepultados, otro sepulcro particular para ella y otra bóveda para los PP. Carmelitas, pues

toda su vida estuvo llena de solicitud por aquellos guardianes del Niño Jesús.

A la hora de la muerte les dejó mil florines y la propiedad de Solnitz, á la que llamaba habitualmente el dominio del Niño Jesús.

Recibió los últimos sacramentos y murió el día 7 de febrero de 1646, con disposiciones tan tiernas y piadosas, que arrancaban lágrimas á los que se hallaban presentes. Su cuerpo revestido del hábito del Carmelo, descansa en la iglesia de Santa María de la Victoria, cerca del altar mayor.

CAPÍTULO X.

SOLNITZ, Ó EL DOMINIO DEL NIÑO JESÚS.

El día 20 de Abril del mismo año de 1646, que vió morir á la gran bienhechora del Carmelo, Febronia de Pernstein, el Capítulo provincial de los Carmelitas reunido en Viena, nombró Prior del Con-

vento de Praga, al R. P. Miguel de los Angeles, español de nacimiento. El día de su instalación hizo transportar la estatua del Niño Jesús hasta el oratorio interior, donde los PP. acostumbraban reunirse. Después de su discurso de apertura se arrodilló delante de la imagen milagrosa y lleno de fe y de humildad, exclamó: «Amado Jesús mío, la incapacidad de tu pobre siervo para este cargo es suficientemente conocida; pidoos pues, ó divino Niño, que gobernéis vos el monasterio en mi lugar; en vuestras manos pongo las llaves con todo el cuidado y los negocios de esta casa.»

El nuevo Prior sentía la necesidad de la asistencia divina, porque comenzaba su trienio en circunstancias excepcionalmente difíciles; el Conde Enrique de Donau, había emprendido quitar á los PP. la propiedad de Solnitz, legada por Febronia de Pernstein. El proceso intentado parecía ser desfavorable al Carme-

lo porque el partido contrario era muy poderoso é influyente, además, el convento arruinado por las deudas y por las guerras continuas, sufría muchas privaciones y á veces les faltaba lo necesario. Los campos y las viñas no producían nada; la falta de recursos no permitía darles el cultivo necesario, y una desastrosa helada blanca había ocasionado muchos daños.

El Prior confió todo al Niño Jesús y recomendó al P. Cirilo le dirigiese las más vivas instancias al Niño Jesús. El buen P. lo hizo de todo corazón y oyó estas consoladoras palabras: «no os inquietéis, buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura. Sed fieles en servirme y yo también seré fiel en ayudaros.»

El Niño Jesús cumplió su promesa, los buenos religiosos se vieron libres de todo temor. A pesar de las prohibiciones contrarias, los derechos de propiedad sobre

el terreno de Solnitz y sobre Welhartitz fueron reconocidos á la comunidad por los decretos de la justicia. Los pobres PP. quedaban asegurados de sus posesiones. A más, su viña, aunque asolada por la helada blanca se encontró cubierta de racimos magníficos, mientras que todas las de los contornos no produjeron nada. Este rasgo de protección es muy notable porque ese mismo año, el día 5 de Julio, una tempestad terrible de lluvia y de granizo había quitado hasta las hojas á los viñedos vecinos. El viento había sido tan violento que había derribado la muralla de la ciudad, cerca de la puerta del hospital.

Esta dulce protección del divino Niño, debía atraer todos los corazones y extender su culto por todas partes. El Prior debía reconocer la providencial administración de Aquel á quien él había confiado los intereses del convento. No obstante, como en otro tiempo, de los Israe-

litas en el desierto, Jesús no recogió más que la ingratitud; no solamente la devoción se resfrió, sino que faltó poco para que no se extinguiese totalmente, por orden del mismo Prior.

Un día recibió éste una carta, (dictada sin duda por el enemigo de todo bien) recomendándole la prudencia en esta nueva devoción, para no caer en un deplorable error. El religioso, alarmado, reunió á los Padres, les comunicó esta carta y tomó con buenas intenciones, las medidas conformes al aviso dado. Las desgracias sucesivas debían volverle á una devoción marcada con el sello divino.

Desde luego vióse oprimido con tales penas interiores que le hicieron su cargo insoportable. Habiendo partido para Solnitz con otro Padre, los dos cayeron enfermos, y más tarde, el Prior, los habitantes de la localidad y aun la propiedad de los Padres, corrieron el mayor riesgo

á consecuencia de un violento altercado con los merodeadores militares. Además, los arrendatarios no podían ó no querían pagar las rentas; el Prior y su compañero tuvieron que volverse con las manos vacías, y después de su partida los suecos ocuparon á Solnitz y les quitaron toda esperanza de obtener nada para la comunidad.

El superior estaba muy afligido, el venerable P. Cirilo le suplicó recurriese al Santo Niño Jesús, al cual había entregado la guarda del convento desde su instalación. Y le suplicó mandase hacer algunas mejoras á la capilla del Niño divino, asegurando que la comunidad no padecería nada. Obtenido el permiso, el humilde y fervoroso religioso hizo ejecutar el trabajo, pagado con limosnas tan abundantes, que después de terminada la obra, todavía entregó al Superior una cantidad importante, lo que le hizo volverse al Niño Jesús con todo el fervor de su alma.

Inquieto por Solnitz, al que los suecos querían reducir á cenizas, ordenó á sus religiosos que recurriesen al celestial protector del convento, y que dijesen la misa sucesivamente delante de la estatua milagrosa. Su fe y su confianza no quedaron sin recompensa, pues los suecos se retiraron; las relaciones con Praga se facilitaron, y conjurose el hambre. Un convoy de víveres llegó á Solnitz el día de finados, y el P. Miguel atribuyó este beneficio á las ánimas del Purgatorio, y no al Niño Jesús á quien se había pedido muy particularmente. La noche siguiente fué atacado de un mal súbito, que en poco tiempo puso su vida en peligro; estaba oprimido de tan violentos dolores, que según decía, parecía un alma del Purgatorio. Ya estaba desahuciado de los médicos, y la muerte avanzaba á grandes pasos; ya había perdido el uso de la palabra y de la vista, cuando le trajeron la estatua milagrosa. Su estado se mejo-

ró en el acto, y después todo peligro desapareció.

Pasada la curación, el Prior y todos los religiosos en hábito de coro, transportaron solemnemente la estatua á la iglesia, y allí celebraron la Misa en acción de gracias. El culto del santo Niño Jesús quedaba restablecido, y vuelto á su primer esplendor.

En Abril de 1647, el P. Buenaventura de Santa María Magdalena, fué nombrado Prior en lugar del P. Miguel de los Angeles, que había dimitido su cargo. El nuevo superior fué un celoso propagador del culto del Niño Dios.

Mandó hacer una estatua absolutamente igual á la imagen milagrosa, y la envió á Solnitz donde fué recibida con gozo por los religiosos y los habitantes, y es la primera vez que se ve al Niño Jesús hecho objeto del culto público fuera de su primer santuario. Mas ahora, cuántos templos posee ya!

Antes de terminar este capítulo, dejemos al Vice-Senezcal Juan Adán Smyslowski, referirnos él mismo una prueba de la protección del divino Niño: «Para que los prefectos y consejeros del Senado fueren instruídos á fondo y á tiempo, acerca del proceso intentado contra los PP. y sobre la propiedad de Solnitz, debía hacerse lo más pronto posible una relación completa de la causa, trabajo que me fué confiado en gran parte. Después de dos días de una labor muy pesada para mi edad, sentíme sin fuerzas é incapaz de continuarla. Había peligro por este motivo de perder una causa tan poco preparada, y entonces pensé en el santo Niño Jesús milagroso, le invoqué y envié un billete á los PP. de ese convento suplicándoles pidiesen instantemente al Niño, que me ayudase, y ¡cosa sorprendente! al día siguiente tuve fuerzas para continuar mi trabajo y para terminarle sin gran dificultad. En reconocimiento de este insig-

ne beneficio, quise hacerle una visita á mi amable Salvador.» Al visitarle dió una limosna de quinientos florines, y su esposa dió otro tanto cuando pasó á vida mejor. Su cuerpo descansa cerca del altar mayor en la Iglesia de Santa María de la Victoria en Praga.

CAPÍTULO XI.

VISITA DE FELIPE DE MANSFELD, DEL EMPERADOR Y DEL CARDENAL ARZOBISPO

El conde Felipe de Mansfeld fué deudor al Niño Jesús de una doble curación. Nacido en el protestantismo, mas convertido á la religión católica, fué nombrado mariscal del imperio, y gobernador de la plaza fuerte de Raab, en Hungría. Salió de Viena en 1647, y vino á Praga, en donde una enfermedad peligrosa lo puso á orillas del sepulcro. Desahuciado por los médicos, puso toda su confianza en el Niño Jesús, del que ha-

bía oído referir grandes prodigios. Hizo celebrar muchas veces el santo sacrificio de la Misa en la pequeña capilla, y el 25 de Agosto recobró completamente la salud con espanto de los médicos.

El conde fué á visitar á su caritativo médico, y en reconocimiento del beneficio le ofreció doce ducados de limosna.

Poco tiempo después sanó de una enfermedad que le era muy penosa. Este general distinguido, este genio militar no tenía aptitud más que para las armas. Si poseía en supremo grado el manejo de la espada, no excedía por cierto en el de la lengua, pues tenía la pronunciación lenta y difícil; en una palabra, al hablar tartamudeaba, y esto le molestaba mucho y le causaba harta pena. En este mismo año tenía que tratar delante del emperador muchos negocios de los que dependía el bien del país y cuyo éxito estaba comprometido por su mala locución. El bien lo conocía. . . . Mas ¿qué hacer?—

Dirigióse á *Aquél que ha abierto la boca de los mudos y desatado la lengua de los niños*. Prosternóse á los pies de la estatua milagrosa; recibió devotamente los sacramentos, y pidió al Niño Jesús que le ayudase.

Lleno de confianza en el socorro divino, se dirigió á Viena y expuso su misión delante de la corte, empleando tanta sabiduría y elocuencia, que el emperador lleno de admiración le dijo: «Señor conde, nunca os hemos oído hablar de esa manera; ni sabemos que se haya encontrado jamás en nuestra corte un consejero de vuestra fuerza, que haya tenido la sabiduría y la elocuencia que vos acabáis de desplegar.» Fernando III le retuvo tres días á su lado, y antes de su partida le nombró su consejero secreto. Nadie había pensado antes se concediese este honor al valiente general, pues su incapacidad oratoria era muy conocida. Este don de la palabra y del consejo que

el Niño Jesús le había concedido, le duró toda la vida.

El conde se apresuró á volver á Praga para manifestar su reconocimiento al divino Niño, y á pesar de su avanzada edad permaneció largo tiempo de rodillas delante de la estatua milagrosa. Y dejó una lámpara de plata con 33 florines en honor de los treinta y tres años que Nuestro Señor pasó en la tierra; refiriendo á todos los religiosos el favor que acababa de obtener, y afirmando con juramento la verdad de sus palabras.

Siempre reconocido y devoto, deseaba hacer construir una capilla al Niño Jesús, mas la muerte que le llevó el 8 de Abril, le impidió la ejecución de su piadoso designio.

El emperador Fernando III, vino á Praga hacia el fin del año de 1647, con un nuevo ejército para combatir á los suecos. Durante su permanencia en la capital de la Bohemia, quiso visitar al

adorable infante Jesús que le había salvado en Ratisbona. Fué al Carmelo y tomó una frugal refección en el refectorio de los religiosos, subió al oratorio, poniéndose de rodillas ante la estatua milagrosa. Informóse del origen y de los progresos de la devoción al santo Niño Jesús, y recomendó á los religiosos que orasen por él y por los intereses del Estado. Más tarde envió una caja con cuarenta velas magníficas que debían arder ante el libertador del país.

El Cardenal Arzobispo de Praga bendijo solemnemente el oratorio, el 3 de Mayo de 1648.

Este pequeño santuario construído en 1642, y consagrado en 1624, lo fué doblemente por el Cardenal Ernesto Albrecht, quien celebró el santo Sacrificio en el altar del Niño Jesús y permitió á todos los eclesiásticos que viniesen á ofrecerla allí á medida de su devoción.

El culto de la santa imagen se miraba,

pues, aprobado formalmente por el primer Pastor de la diócesis, el cual depositó á los pies del divino Niño una ofrenda de 50 ducados.

Muchos obispos, prelados y personas notables, vinieron también á presentar sus homenajes al Niño milagroso, y á recibir de sus pies abundantes bendiciones.

CAÍTULO XII.

SITIO DE 1648.—PROTECCIÓN DEL NIÑO JESÚS.—TRATADO DE WESTPHALIA

Este mismo año de 1648, marcado para los Carmelitas por la bendición solemne del oratorio del Niño Jesús, debía también ser señalado por el fin de la guerra de 30 años; pero antes de gozar de la paz, Praga debía ser probada por última vez.

El general sueco Konigsmark, á la cabeza de tres mil hombres se había apoderado de algunas pequeñas ciudades de Bohemia, y aunque no manifestaba intención de proseguir sus conquistas, mas

un traidor fué á ofrecer al enemigo una llave para hacerle entrar por sorpresa en la ciudad de Praga. La noche del 25 al 26 de Julio, los suecos guiados por él penetraron á la plaza, mataron á la guardia que velaba, y tomaron posesión de la parte de la ciudad situada en la parte izquierda del Moldawia. Todo esto se hizo sin ruido mientras los habitantes de la ciudad estaban sumergidos en el sueño. ¡Qué sorpresa al despertar!

Los soldados recibieron orden de tirar á todos los que saliesen por la mañana á las calles, y muchos sacerdotes y personas piadosas que se dirigían temprano á la iglesia fueron víctimas de esta orden.

Los Carmelitas terminaban el Oficio divino cuando oyeron los primeros tiros, pues muy pronto supieron lo que pasaba, y temiendo una profanación sacrílega, consumieron al Santísimo y se dividieron en tres grupos; unos fueron cerca del Niño Jesús á pedir por el convento y la

ciudad; otros llevaron al oratorio como á un lugar seguro los objetos preciosos del culto; y los otros, en fin, se colocaron á la entrada del monasterio.

A las cinco de la mañana los invasores tocaban á la puerta, mas esta tempestad pasó sin ningún incidente, pues se le aplacó dándoles cerveza, pan, y algunas palabras con lo cual se retiraron. Pero una nueva banda ávida de botín, llegó después, y en aquella época, las leyes de la guerra daban á los vencedores el derecho del pillaje durante tres días en la ciudad conquistada. Los religiosos redoblaron sus instancias cerca del Niño Jesús, suplicándole interviniese para salvarlos, y entonces vieron á un hermoso joven presentarse á las puertas del monasterio y oponerse á la entrada de los furiosos con una fuerza irresistible, desapareciendo tan luego como los rechazó. ¿No sería por ventura un ángel del cielo?...

El Niño Jesús mostró en esa vez aun otras señales de su protección, pues en el mismo día, un soldado del ejército sueco se presentó al Prior, diciendo que era católico, que se llamaba Ruttgerio, y que venía á ofrecer sus buenos oficios al convento para protegerlos contra sus hermanos de armas. El Prior aceptó con gratitud, los habitantes de la población viendo al monasterio guardado por un sueco, quisieron libertar allí su vida y sus bienes.

El mismo día el coronel Kapy quiso entrar al Carmelo para buscar en él al Gran Maestre de la Orden de Malta, que felizmente no se encontraba allí. El Prior, viendo en él alma recta, le pidió un cuerpo de guardia, para proteger la iglesia y el claustro contra el pillaje de la soldadesca. Este señor le aconsejó se dirigiese directamente á Konigsmark y le prometió que apoyaría su petición.

El feroz vencedor se mostró lleno de

condescendencia con el humilde hermano encargado de este mensaje, y le concedió para su convento un cuerpo de guardia bajo el mando de Buttger, y aún hizo más; pues envió al Prior letras de protección firmadas de su mano y selladas con su sello, declarando que la iglesia y el monasterio estaban bajo la salvaguardia de la Corona de Suecia.

¿No es acaso el divino Jesús quien mostraba así su poder y su bondad? ¿No es El quien dispone los corazones á su voluntad, y que por nuestros ruegos quiere hacernos favorables á los que nos eran más hostiles?

Mientras los protegidos del divino Niño eran perdonados, los soldados continuaban recojiendo su botín, el cual, según algunos historiadores, se cree fuese de siete y según otros de doce millones de thalers, (el thaler vale como 75 centavos).

Los religiosos abrieron su convento á

todos los que lo solicitaban, y centenares de personas se refugiaron en él. Todo el tiempo del sitio, el Niño Jesús no estuvo jamás solo, pues de día y de noche asistían devotos delante de la estatua milagrosa, implorando la asistencia divina, y pidiendo el término de tantos males. Por la mañana y por la tarde los religiosos y los fieles se reunían en la pequeña capilla para orar en común y recitar las letanías del Santo Nombre de Jesús.

Esa generosa hospitalidad concilió á los Carmelitas el afecto de los habitantes de Praga.

Los suecos que se habían apoderado de la ribera izquierda del Moldawa, el 26 de Julio se apoderaron muy pronto de la ribera derecha. El sitio fué sostenido heroicamente durante quince semanas. Praga que no contaba con ninguna pieza de guerra importante, recibió 18,000 balas de cañón lanzadas por el enemigo. Los paisanos hicieron prodigios de valor, se-

cundados por estudiantes que tenían á su cabeza un jesuita, el P. Plachy. El número de los heridos fué considerable, y el convento se convirtió en hospital, en el que ciento sesenta suecos fueron asistidos con mucha caridad por los religiosos.

El gran número de muertos, que no se podían sepultar pronto, la infección de las llagas y la falta de aseo de los soldados, exhalaban un hedor pestilencial que hacía temer una epidemia; pero el Niño Jesús alejó también este peligro, y ningún religioso cayó enfermo.

Es de notar que los suecos que por todas partes se mostraban duros y exigentes, se portaban con las Carmelitas con la más grande benevolencia. Las otras comunidades fueron saqueadas, pero los Carmelitas no experimentaron ningún daño.

La paz de Westphalia firmada el 24 de Octubre de 1648, puso fin á esta guerra de treinta años tan desastrosa para el país.

Los habitantes de Praga que habían experimentado la protección tan visible del adorable salvador, no dejaron de manifestarle su reconocimiento, como veremos en seguida.

CAPÍTULO XIII.

RECONOCIMIENTO DE LOS HABITANTES DE PRAGA.—PESTE DE 1649.

Esta guerra deplorable había arruinado al país. Gran número de ciudades, de aldeas y villas habían sido saqueadas y quemadas: grandes extensiones de terrenos estaban desiertas; de los tres millones de habitantes que ocupaban la Bohemia, apenas quedaban 800,000. La miseria era espantosa y la ignorancia y las malas costumbres no conocían límites.

No obstante, en medio de tantos males, la devoción al Niño Jesús se extendía y se enraizaba en los corazones. Los desgraciados habitantes de la ciudad de Pra-